

Un llamamiento urgente

Charles Henry MACKINTOSH

biblicom.org

«Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación» (Hebr. 13:22).

«Pero esto digo, hermanos: El tiempo es corto; que desde ahora los que tienen mujer sean como si no la tuviesen; los que lloran, como si no lloraran; los que se regocijan, como si no se regocijaran; los que compran, como si no poseyeran nada; los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutaran; porque la apariencia de este mundo se pasa» (1 Cor. 7:29-31).

El llamamiento que sigue, lanzado hace más de 100 años por C. H. Mackintosh, sigue más vigente que nunca.

Siento la responsabilidad de hacer un llamamiento urgente a su corazón y a su conciencia, ante Dios, que conoce perfectamente nuestros corazones y nuestro modo de vida. Como dijo el apóstol Pedro, mi único deseo es despertar «vuestro limpio entendimiento» (2 Pe. 3:1). También quisiera estimular vuestra nueva naturaleza, exhortaros y animaros a una mayor entrega y sinceridad de corazón en vuestro servicio a Cristo.

Vivimos un momento particularmente grave en la historia de la humanidad. Dios ha sido paciente durante mucho tiempo, pero esa paciencia está a punto de llegar a su fin. El día «de la ira de Jehová» se acerca rápidamente (Sof. 2:2). El pecado del hombre está llegando a su punto culminante. Se acerca una crisis terrible. Las almas inmortales se precipitan a través de la superficie del río del tiempo hacia el vasto océano de la eternidad. «El fin de todo se ha acercado» (1 Pe. 4:7).

Siendo así, todos debemos preguntarnos cómo nos afecta esta situación catastrófica. ¿Cuál es nuestra actitud ante lo que sucede a nuestro alrededor?

Hay al menos 4 ámbitos en los que somos especialmente responsables. En primer lugar, somos responsables ante Dios, pero también ante la Asamblea y ante los que no se salvan. También tenemos responsabilidades para con nuestras propias almas. ¿Cómo cumplimos todos estos deberes? Es una pregunta muy importante. Estudiémosla en presencia de Dios y consideremos todo lo que implica. Saquemos consecuencias prácticas para nuestra vida diaria para el servicio del Señor.

«Vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo, diciendo: ¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta? Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos.

Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis... Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos» (Hageo 1:3-7).

¿Estamos haciendo realmente todo lo posible por defender los intereses de Cristo, para que su Iglesia crezca y el Evangelio se difunda? Lo confieso francamente: temo mucho que no estemos haciendo buen uso de la gracia, la luz y el conocimiento que nuestro Dios nos ha dado tan gratuitamente. Temo que no seamos lo bastante fieles y celosos para trabajar para el Maestro, para hacer fructificar los bienes que nos ha confiado, mientras esperamos su regreso (comp. [Lucas 19:13](#)). A menudo tengo la impresión de que creyentes, con muchos menos conocimientos y pretensiones que nosotros, ponen más en práctica su fe, y dan más fruto para Dios con sus buenas obras: más almas preciosas son llevadas al Señor, y Dios puede utilizar a estos creyentes con más gusto en su campo. ¿Cómo podemos explicar esto? Cuestionémonos a nosotros mismos. ¿Nos hemos despojado suficientemente de nuestras pretensiones? ¿Pasamos suficiente tiempo en oración? ¿Es el Señor el único objeto de nuestros ojos y de nuestro corazón?

Quizá respondáis: No es bueno estar ocupados en nosotros mismos, en nuestro estilo de vida y en nuestras buenas obras. –Sí, tenéis razón. Pero si nuestra vida práctica no es lo que debería ser, tenemos que ocuparnos de ella. ¡Debemos juzgarla! Por medio del profeta Ageo, Dios invitó una vez a su pueblo a meditar «bien sobre vuestros caminos» (1:5, 7). A varias de las 7 asambleas de Asia, el Señor Jesús dice: «Conozco tus obras» ([Apoc. 2 y 3](#)). Hay un gran peligro en apoyarse en los propios conocimientos, principios y posición. Desgraciadamente, muy a menudo somos al mismo tiempo egoístas y descuidados, satisfaciendo nuestras concupiscencias y caminando como el mundo.

Si seguimos así, ¡las consecuencias serán dramáticas! ¡Reflexionemos detenidamente sobre todo esto! Dejemos que Dios toque profundamente nuestro corazón. Escuchemos con atención este mensaje del apóstol Juan: «Mirad por vosotros mismos, para que no perdamos el fruto de nuestro trabajo, sino que recibamos toda nuestra recompensa» ([2 Juan 8](#)).